

SARAJEVO SUPERA A LENINGRADO

PREDRAG MATVEJEVIĆ

TRADUCCIÓN DE JUAN ÁLMELA



La información y las opiniones que se publican en los diarios mexicanos no sólo son escasas sino que con frecuencia están teñidas por una visión ideológica que parece propia de los tiempos de la Guerra Fría. Reproducimos en este número tres reflexiones testimoniales que nos ha hecho conocer Juan Goytisolo y que han sido publicadas por el Grupo 99, una asociación de intelectuales independientes que intenta hacer oír la voz de la razón en medio de la cacofonía ultranacionalista y el estallido de los obuses. Enver Redžić y Krstan Malešević sobreviven en Sarajevo. Predrag Matvejević, croata, ha buscado refugio en Francia.

Sarajevo ha batido la triste marca de Leningrado, aquellos novecientos trágicos y famosos días del asedio más largo de la segunda guerra mundial. Ha alcanzado el milésimo día en total agotamiento y abandonado por todos. Imágenes terribles, intolerables, surgen ante nuestros ojos, que se van acostumbrando a ellas: más de doscientos mil muertos, más de dos millones de expulsados y desplazados, ciudades y pueblos en ruinas, edificios y puentes, escuelas y hospitales bombardeados y destruidos a cañonazos, monumentos y templos arrasados y profanados, violencia y tortura de todo género, desgracia y humillación, campos de concentración y limpieza étnica, "urbicidio" y "memoricidio", numerosas vidas inválidas y mentalmente atormentadas. El sufrimiento humano no es describible en pocas palabras.

Ya está bien entrado el tercer invierno en la ciudad sitiada. El frío en Sarajevo es aterrador. Ya no quedan árboles que cortar en los parques de la ciudad, convertidos en cementerios. Alimentos, agua, electricidad, gas, todo falta. Los residentes han quedado físicamente destruidos y moralmente agotados. Los he examinado más de una vez durante esta guerra. Al principio creían firmemente que Europa vendría en su ayuda. Hace un año todavía se rebelaban contra la inercia e indiferencia del mundo. Ahora son ellos quienes se tornan indiferentes, desesperanzados ante el presente y el porvenir. Esta es la peor de todas las situaciones. No hablo de soldados en el frente sino de los habitantes de Sarajevo.

No todas las fases de la guerra merecen igual calificación, ni es posible meter a todos los participantes en el mismo cesto. Al comienzo, cuando Eslovenia y

Croacia fueron atacadas, se trataba de un conflicto entre naciones o estados, un conflicto entre diferentes conceptos de Yugoslavia o su organización: federalismo, autonomía, secesión. La agresión de los serbios y montenegrinos contra Bosnia y después la agresión de los croatas contra Herzegovina han sido señaladas como guerras civiles y étnicas. Sobre las premisas dadas, marcadas por el cisma cristiano y conflictos entre cristianidad e islam, las diferencias religiosas fueron creando un odio latente. También aquí se trata de guerra étnica, del género de guerra que algunos pretenden esconder.

Los enfrentamientos nacionales, étnicos, civiles, religiosos, que ensangrentaron esta tierra durante la segunda guerra mundial, dejaron rastros. La presente guerra es en cierto modo continuación de la anterior. Los Chetnik y los Ustasha han vuelto a salir a escena, con sus ideologías fanáticas y hábitos homicidas. La historia y la coexistencia no han borrado los despiadados recuerdos. Han perdurado en secreto; hay de por medio algunos ingredientes de guerra de recuerdos difíciles de describir pero que acaso resulten los más fatales.

Durante anteriores guerras en nuestro continente y acaso también en otras partes, la mayoría de las víctimas hallaba la muerte en los campos de batalla. Incluye en la última guerra mundial, cuando tantas poblaciones fueron bombardeadas sin clemencia, las proporciones se mantuvieron. Al parecer ahora se han invertido. En Bosnia los civiles se convirtieron en el blanco principal y el número de bajas civiles es diez veces superior al de soldados muertos. Bandidos, mafias y grupos de malhechores se están convirtiendo en la característica dominante de este periodo.

Los medios de comunicación, sin importar en qué grado estén en condiciones de acopiar información, hallan dificultades para describir o deslindar un acontecimiento en todas sus dimensiones. De aquí brota la ambigüedad del discurso acerca de la antigua Yugoslavia, en la comarca misma y en el extranjero. A este respecto Clausewitz hizo una advertencia que no ha perdido ningún sentido: "Un acontecimiento que no es cuidadosamente reconstruido en todas sus partes es como un objeto visto desde lejos: todas sus formas se presentan lo mismo, de suerte que es imposible advertir el

orden de las partes... Es difícil reconstruir y recordar sucesos históricos de un modo que pueda servir de testimonio." Esta dificultad se olvida con demasiada facilidad cuando se intenta definir la auténtica naturaleza de acontecimientos que se dan en la antigua Yugoslavia, especialmente en Bosnia-Herzegovina. La propaganda en aquella región, incorporada al mismo tiempo a frases comunistas y nacionalistas, emplea como prueba sucesos "reconstruidos" de modo deliberadamente falso. Este lenguaje ambivalente, usado por muchos observadores internacionales, mezcla fácilmente el lado agresor y el atacado, los sitiadores y los sitiados, el verdugo y la víctima, sanciones e intervenciones, negociaciones y diálogo, crimen y castigo.

No hace falta repetir cosas bien sabidas, ni quién ha cometido más crímenes, abierto los primeros campos de concentración o procedido a la "limpieza étnica". Es evidente que Bosnia-Herzegovina es la que ha sufrido más. Ha derramado más sangre que nadie en la historia de los eslavos del sur: más que los croatas en el último conflicto, más que los serbios en la segunda guerra mundial. Cierta propaganda tendenciosa, emitida en abundancia desde Serbia, y también desde Croacia en una fase de la guerra, presentaba a todos los musulmanes como "fundamentalistas" o "integristas" y, así, como "un peligro islámico en el corazón de la cristiana Europa". No bastaron para negar semejantes mentiras las primeras cien mil víctimas, ni buena parte del segundo centenar de millares. Ni siquiera fue suficiente el millón de refugiados que abandonaron sus hogares: hizo falta otro millón. Sântić no estaba para alzar la voz y pedir que se quedaran.

De cualquier manera, su grito hubiera sido en vano: los irrazonables que se quedaron se convirtieron en más víctimas. El monumento alzado en honor de aquel bardo fue destruido, la locura ha profanado hasta su tumba. Entre la inteligencia, tan a menudo tradicionalista y frustrada en los Balcanes y Europa central, son muy pocos quienes anteponen el valor de la humanidad al de la nacionalidad. Para algunos esto representaría una traición.

Para la persona nacida en este país, en un tiempo dichoso, resultaba difícil tomar partido por las víctimas, sin importar su origen: ya fuesen de Vukovar o de Dubrovnik, de Sarajevo o de Mostar. Empecé por perder la mayoría de mis amistades serbias, empeñadas en no "abandonar a sus hermanos" o que ideaban algún mecanismo para no distanciarse de la política impuesta

por el jefe de su Estado y sus ciegos seguidores de manos ensangrentadas. Cuando me puse del lado de Bosnia, muchos de mis compatriotas croatas me volvieron la espalda. La emigración voluntaria, acaso la situación "entre el asilo y el exilio", que a menudo he mencionado, es lo que me parece menos comprometedor desde el punto de vista moral. Tal vez sea también un género de escapatoria, aunque más justo que otros. En "Herzegovina", donde nací y que siempre tuve por parte integrante de una Bosnia-Herzegovina unida y plena, no se derramó menos sangre. Nada me impedirá alzar la voz contra mis "compatriotas" croatas que nos trastornan allí, ni aun si sus crímenes son menos numerosos que los cometidos por los Chetnik serbios.

Ante tal tragedia, qué puede decirse de la Organización de las Naciones Unidas, inadaptadas a los cambios en este mundo nuestro, con un presidente incompetente y numerosos funcionarios incapaces; de la OTAN, que sigue prisionera de la guerra fría; de una Unión Europea a quien importa tan poco el resto de Europa; de una Rusia que intenta recuperar el papel de la anterior Unión Soviética, aunque recuerde un oso de circo; de la Unprofor, que recibe un papel paradójico y absurdo —"mantener la paz"— en un lugar donde al mismo tiempo sólo existe guerra; de todos esos juegos apenas disimulados; de las grandes potencias y sus intereses; de ceses al fuego mil y una veces violados; de ridículas negociaciones y negociadores, a menudo tan risibles. Las estaciones de este itinerario se llaman Vukovar, Srebrenica, Goražde, Mostar y Bihac, más el gólgota de Sarajevo. ¿No les basta, caballeros?

Bosnia-Herzegovina, multinacional y multicultural, ha sido herida de muerte y, junto con ella, nuestra fe en un mundo en el cual sería posible y quedaría asegurado el pluralismo nacional y cultural. La brutalidad y la barbarie han sido fomentadas por la inercia y la indiferencia. Desde hace más de tres años las campanas tocan a muerto, sin perturbar las conciencias de quienes debieran estar decidiendo por nosotros y en favor nuestro.

Europa ha fracasado en Bosnia. Sus gobiernos niegan su responsabilidad o se echan la culpa entre ellos. Maestricht ha capitulado moralmente ante Sarajevo. Nuestros valores y nuestros principios fundamentales han sido ridiculizados y nuestra dignidad humillada. Frente a semejante humillación sólo nos queda expresar ruidosamente nuestra furia, así sea sólo en un desierto, como tantas veces ha ocurrido. ♣